



101
UN CONCIERTO.

Ayer, comprendimos el valor de los Sarabates y de los Días Albertina: los señores Mollenhauer nos lo han demostrado. Son dos violinistas de primer orden. La fama es justa. No les corresponde sino el tributo halagador de los aplausos. Y ese tributo lo tuvieron ayer, en que una concurrencia, sino tan numerosa, bastante escogida, escuchó verdaderamente arrebatada, la catarata armónica que brota de ese par de mágicos violines. Unos los señores Mollenhauer, a un conocimiento perfecto de la ejecución, un virtuosismo exquisito.

El viejo Mollenhauer es vigoroso y limpio, el joven es fantástico, agil, vehemente, lleno de viraza. El padre ama al hijo con la doble pasión de la sangre y del arte. Hay que verlos en los ensayos, cuando el nuestro cariñoso mira al hijo, le indica, le arregla el violín, le busca, le sigue con la mirada, el movimiento. Cuando el admirable Eduardo mueve el arco, un instrumento es una maravilla sinfónica; la nota se desenvuelve como una lámina de oro. Si es Guillermo el que ejecuta, la nota es una perla, es un diamante. Salta y se irisa, tiembla y se desmaya, y por último se expurge en melodiosa lluvia.

Eduardo funda, Guillermo cincela. Eduardo pasa frente al altar del dios Beethoven, padre de la sinfonía, y se desahoga; Guillermo avoca a Papamini, cristaliza en espléndidas armonizaciones la concepción musical, y hace que el que le escucha se delicia y se entusiasma. La caballera de lint todías de negro, es la cabeza del joven Mollenhauer; el viejo lleva el escudo de su cincuenta y tantos años. Hechos para la brega del arte son ambos; el joven empieza y entra por el bello camino de la gloria; el viejo tiene ya mucho tiempo de sentir su frente acariciada por el dulce frescor de los laureles. Ayer el público poseyó estallido en el aplauso de la admiración más sincera y espontánea. El valor verdadero y artístico, el oriente de la perla, el buque del vino, eso, creemos que pocos, muy pocos, pudieron estimarlo con justicia. Pero el avasallador aliento de la armonía que esos hombres poseen en los cuerdas de sus violines, hace pensar en el prestigio orfético que hacía temblar las rocas y humillaba a los leones.

En párrafo aparte, un ramillete especial para la señorita Castro. Ayer oímos a una calandria preta en la más suntuosa torre de marfil. Del bello edificio salía el canto, como una maravillosa melodía, por la puerta rosada de los labios. Ella, la señorita, es hermosa, y vive a la ogulencia y ritmo de su figura el amor artístico y el pájaro encantado que trisa en su garganta. Esa señorita debía ir a Europa. Dicen que las violetas de Italia son buenas para la voz. Lo mismo que el vino de París. Pues bien, la aplaudimos con cariño, aplaudimos a la magnífica Angelina, con todo nuestro corazón. Uno se dijo: "¿Te parece qué es Ofelia?" Yo no creo que fuera Ofelia, aunque "cogiendo flores y cantando" es una gallarda musa, es una flor pomposa que canta. Ofelia es rubia y delicada; Ofelia es del Norte; Angelina es el tipo meridional, con todas sus seducciones, todo su sol, todos

Un concierto [manuscrito] Rubén Darío.

AUTORÍA

Darío, Rubén, 1867-1916

FECHA DE PUBLICACIÓN

1891

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un concierto [manuscrito] Rubén Darío. 1891. 2 h.; 25 x 19 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile